

Diego
Meret
EN LA
PAUSA



Ediciones La uña RoTa

Primera edición: noviembre de 2011

© Diego Meret, 2011

Ilustración de cubierta: © Javier Roz

Sin título (detalle), 2006

<http://javierroz.blogspot.com/>

Copyright de la presente edición © La uña RoTa, 2011

Apdo. de correos 380, 40080 Segovia

ediciones@larota.es

www.larota.es

Diseño y maquetación: Arcadio Mardomingo

Depósito legal: SG-172-2011

ISBN: 978-84-95291-20-2

Impreso en España

¿No somos todos relativamente inanimados...?

Jim Thompson

Agradezco la generosidad de
Antonio Jiménez Morato y de
Francisco Garamona.

Pretexto

I

La casa donde nací, como la de tantos amigos del barrio, era casa de un solo libro. Y no es metáfora ni cosa semejante. Incluso, y aunque admito que estoy dándole paso a una mentira, recuerdo la vez que mi madre lo compró. Por eso dije, unas palabras antes: «Como la de tantos amigos del barrio». Porque, en una misma tarde, mi casa y las casas de mis amigos dejaron de ser pequeñas construcciones sin libros. Un hábil vendedor ambulante, efectivo, depositó un libro en cada casa: el *Martín Fierro*. No podía haber objeto más extraño que ese libro.

II

Llegó de un modo inesperado, pero del mismo en que las cosas solían llegar a las manos de mis padres. Como ya conté, un vendedor de puerta en puerta, con carrito de metal, ofrecía casa por casa el *Martín Fierro*. Una edición pesada, con tapas de madera sobre las que

Biónica, dando saltitos al vacío, siempre exitosos y tan bien acompañados por esa musiquita antigua de redoblante electrónico. El televisor se apagaba y por unos segundos quedaba un puntito blanco en el centro de la pantalla. Y yo me levantaba en busca de la cajita extravagante... Sin dudarlo, le pedía permiso a mi madre y la sacaba del mueble del living sobre el que estaba como adorno... y me ponía a leer.

IV

Unos cuantos años más tarde, pasé a otros libros. Los sacaba de la biblioteca de mi abuela, los leía y se los devolvía. No todos. Algunos me los quedaba... y eran como regalos silenciosos. Y así leí manuales para jugar al ajedrez, libros de recetas de cocina (entre ellos el popularísimo de Doña Petrona), algunas biografías de tipos acerca de los cuales jamás había oído hablar, cosas de religión, etcétera. Elegía mis ratos de lectura cuando visitábamos a mi abuela. Hurgaba entre un total de treinta o cuarenta libros, como perdido en medio de una biblioteca imperial.

V

Un día me puse a trabajar y empecé a comprar libros. Tenía dieciséis años y un sueldo... y había abandona-

do el colegio secundario, que tiempo después retomé y terminé casi milagrosamente... para dedicarme a lo que más me gustaba: leer y dormir sin preocupaciones. Como siempre fui una especie de «lento», no cayó del todo mal que, no bien consiguiera un trabajo, dejara mis estudios. Supongo que a mi familia le resultaba natural que yo no pudiera estudiar. De hecho, casi no hubo cuestionamientos. Ni siquiera alcanzaron a decirme: «O estudiás o trabajás», porque cuando dejé de estudiar ya estaba trabajando. Qué querés de tu vida, me decían tibiamente. Qué sé yo, les respondía. No lo sabía entonces y tampoco lo sé ahora. Y juro que no quiero darme aires de loquito incomprendido. Una vez respondí: «Quiero leer». «Leer no te va a salvar», fue la observación, «a nadie salva la lectura». No entendía de qué querían que me salvara. Lo paradójico de mi familia era que ellos pensaban que por leer me volvería idiota... o tal vez que ni todos los libros del mundo conseguirían que yo dejara de serlo. Me empujaban a que aprendiera un oficio, a que tuviera objetivos más concretos, pero yo no quería. Yo quería leer. «Qué hay de malo en lo que quiero», pensaba. Y sigo pensándolo ahora que intento explicarme algunas cosas. Cómo llegué a este momento en que mi pasado asoma como si fuera un garabato anónimo y borroneado. Sin dudas, los entramados de la realidad se van tejiendo subterráneamente.

VI

Quería ser lector. Pero no cualquier lector. Quería ser lector de libros. Sin embargo, hubo un período durante el cual no recuerdo haber leído nada. Entre los dieciocho y veinte años de edad, creo, no leí. Poco después, me sacudió una especie de desesperación. Había descubierto la cerveza... y ésta estuvo a punto de robarme el placer de *leer libros*. Fue una época de postergación. Me dije: «Ahora, a tomar cerveza». Y tomaba cerveza en la calle, incluso en invierno, aunque la temperatura fuera de bajo cero. Aún guardo la sensación de estar muriéndome de frío, con la botella helada que me partía la mano, cuyo pico me llevaba a la boca entre palabra y palabra. Tomaba con amigos. Fueron los años del menemismo, cuando todo el mundo estaba en la calle. Era como si no hubiera a dónde ir, pero igual era como si a cada instante estuviéramos por ir a algún lado. Muy raro. La calle, tomar cerveza, caminar, la vuelta. Había como la necesidad de deslizamiento, pero de un deslizamiento estéril, muy parecido a la inmovilidad. Recuerdo que hablábamos de «la gran cogida», que era una suerte de instancia insuperable en relación con el sexo. Ni mis amigos ni yo habíamos alcanzado tal grado de perfección, entre otras cosas, porque teníamos la sensación, y no sólo la sensación, de que la fiesta se estaba

dando en otro lado, muy lejos de nosotros. Estábamos en una zona pantanosa alrededor de la cual brillaban pequeños paraísos. Estábamos, como diría Ratón Maiciel, en *el deslizamiento*, pero para estar donde todos querían estar había que apartarse de él. Y como para apartarse del deslizamiento había que deslizarse, no nos quedaba otra que estar allí. Y estar allí era como prestarse a la decadencia. Alguien, como si se tratara de un titiritero bestial e invisible, nos hacía caminar, hablar, nos exprimía la vida impiadosamente. No sé si estoy distorsionando o simplificando cosas que no entendí, a lo mejor sí, pero el único lugar posible era la calle... y en la calle no pasaba nada... sin embargo parecía que todo podía pasar. Estábamos como vaciados. Mis amigos, por ejemplo, hablaban de la Unión Cívica Radical y la confundían con la Unión Soviética. Pero, por supuesto, no todos los chicos de aquel momento estaban desliziéndose como patinadores ciegos. Algunos la pasaban bien, nos iluminaban con su dicha, recorrían el mundo... o hacían carrera en la universidad. Algunos no tanto. Otros, como yo, sólo perdieron años de lectura. Pero hubo muchos que no pudieron *correrse* y aún hoy siguen rebotando, como *packmans*, contra las paredes de esa pista noventosa. Yo, así como dejé de hacerlo, de la noche a la mañana volví a leer. Después, empecé a llenar cuadernos, a sentir ganas de escribir, a sentarme en el banco de

una plaza, o a la mesa de la cocina de mi madre, a esperar que apareciera, como quien sueña una llegada, una palabra dibujada con mano de escritor.